

Notas de Cultura

HOMBRES Y LIBROS

EL CENTENARIO DE SAN AGUSTÍN EN ESPAÑA

Comisión oficial encargada de los actos conmemorativos del XVI Centenario del nacimiento de San Agustín.

Por disposición del Excmo. Sr. Ministro de Educación Nacional ha quedado constituida la Comisión encargada de los actos conmemorativos del XVI Centenario del nacimiento de San Agustín que, bajo la presidencia del Ilmo. Sr. Director general de Enseñanza Universitaria, estará integrada por:

El Magnífico y Excmo. Sr. Rector de la Universidad de Madrid, Vicepresidente.

Y como Vocales, por los señores:

Director General de Archivos y Bibliotecas.

Presidente de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.

Presidente de la Sociedad Española de Filosofía.

Director del Instituto de Teología «Francisco Suárez».

Director del Instituto de Filosofía «Luis Vives».

Catedrático de «Historia de la Filosofía» de la Universidad de Madrid.

Padre Rector de la Universidad «María Cristina», de El Escorial.

Padre Director del «Colegio Alfonso XII», de El Escorial.

Director de la Biblioteca Nacional.

Director de la revista «La Ciudad de Dios».

Padres Provinciales de España de la Orden de San Agustín.

Padre Félix García.

Padre Angel Custodio Vega.

D. Javier Zubiri y un representante del Ministerio de Información y Turismo, Secretario de la Comisión, D. Rodrigo Fernández Carvajal. (*Orden del Ministerio de Educación Nacional*, 15 de diciembre de 1953).

Certamen internacional.

Con motivo del XVI Centenario de San Agustín, los Padres Agustinos españoles abren un concurso, destinado a premiar los estudios más interesantes sobre los temas siguientes:

- 1.— *Biografía histórico-crítica de San Agustín.*
Premio, 60.000 pesetas.
- 2.— *Enchiridion filosófico agustiniano.* Premio, 60.000 pesetas.
- 3.— *Edición crítica de la obra «De Trinitate».*
Premio, 50.000 pesetas.

- 4.—*El existencialismo de San Agustín*. Premio, 40.000 pesetas,
- 5.—*San Agustín en el arte*. Premio, 35.000 pesetas.
- 6.—*Dos temas libres*. Premio, 35.000 pesetas, cada uno.

El concurso tiene carácter internacional, y los estudios podrán redactarse en español, francés, latín, italiano, inglés o alemán. El plazo de admisión se cierra el 13 de noviembre de 1954. Los estudios serán inéditos, y se presentarán con el nombre y dirección del autor, bajo sobre cerrado, con el lema correspondiente.

El envío de los originales se efectuará a *Columela, 12, Madrid*, con la indicación de *Centenario de San Agustín*.

Comisión religiosa «Pro Centenario».

I.—La figura original de San Agustín no necesita presentación al gran público, ni siquiera ante un acontecimiento tan importante como es un Centenario. San Agustín no necesita presentación, decimos, porque se hace él propaganda por sí mismo. Se la han hecho, a lo largo de los siglos, sus obras, sus instituciones y su influencia de todo género en la Historia Universal. Por eso, en cualquiera de sus Centenarios —el del Nacimiento, el de la Conversión, el de la Muerte— las autoridades de la Jerarquía Eclesiástica, los círculos de las personas estudiosas, los Gobiernos de las naciones y todo el pueblo cristiano han mostrado inequívocamente un

gesto de simpatía y adhesión a todo proyecto destinado a homenajear al Santo.

II.—Pero la Orden Agustiniiana tiene intereses creados muy entrañables en todo ese movimiento. Cada miembro de ella es así un sujeto interesado. El recurso personal, aquí, como en todo, está al servicio del amor. De un amor sincero en cuanto práctico. No se cierra la puerta a ninguna iniciativa. Muchos esfuerzos pequeños aunados son, realmente, un torrente de fuerza.

III.—El elemento espectacular, visible — estamos pensando en las Conferencias, en las Semanas, en las publicaciones... en todo eso que llena las carteleras— tiene como soporte un elemento vital interior: la oración, el sacrificio, la obra vocacional, la propaganda en favor de las Misiones. Es la aportación de la Casa que carece de otras posibilidades, de la Comunidad que no tiene otros recursos, del religioso de nuestras comunidades y de nuestras Casas que se adhiere real y sinceramente al movimiento del Centenario.

IV.—Cuando hayamos llegado al cabo de este año ungido con la presencia espiritual de S. Agustín, ¿podremos descansar satisfechos de nuestra obra de propaganda y retirarnos con humildad a nuestro cotidiano vivir, poco amigo de afanes ambiciosos, si nos sorprendemos con las manos vacías de algún fruto práctico? ¿No seremos capaces de hacer de San Agustín el hombre de cada momento, el maestro incomparablemente experimentado que sabe enseñar a tantos a vivir bajo el estandarte de su Regla y dentro del ámbito de su espíritu?

V.—Se impone trabajar con entusiasmo en esta

hora. No volveremos a tener tan pronto otra ni tan ventajosa ni tan propicia. Por eso la Comisión Religiosa, con el fin de lograr un fruto duradero del Centenario de N. P. San Agustín, propone y recomienda:

a) Que en todas nuestras Casas se organicen Jornadas de oración y sacrificio para obtener del Señor una eficaz renovación del espíritu de N. P. San Agustín en toda la Orden.

b) Hacer oraciones especiales para alcanzar la canonización de nuestros Beatos y Venerables, en particular del Beato Alfonso de Orozco.

c) Que en todas las Casas y Conventos se organicen Novenarios Solemnes, o al menos Triduos, en honor de N. Gran Padre San Agustín.

d) Que se procure organizar en todas las poblaciones donde hay Conventos o Casas Religiosas la Orden Tercera Secular, tan floreciente en otros países, de modo que podamos cerrar el Centenario de Nuestro Padre con un Congreso de Terciarios Agustinos.

e) Organícense actos académicos, proyéctese su figura y su pensamiento en las páginas de la Prensa católica. Foméntense actos de culto en favor del Santo. Muévanse todos los resortes para que se rece a San Agustín y no sólo se le admire.

VI.—Estamos al servicio de todos en orden a resolver cualquier dificultad.

Se ruega envíen a la Comisión (con la dirección del membrete) notas, recortes de periódicos, etc. de todo cuanto se lleve a cabo durante el año del Centenario, con el fin de formar luego la Crónica com-

pleta del mismo. Se agradece y se suplica el envío de Programas.

Los actos del Centenario pueden prolongarse hasta el 13 de Noviembre de 1955, día oficial de la Clausura.

VII.—Que San Agustín siga siendo el «hombre moderno». Que su figura gane terreno y vuelva a la superficie. Que sea el hombre de los pensadores, de los gobernantes, de los de media cultura y del pueblo. Que sea el Santo del Libro y del Corazón. Que ilumine las inteligencias y mueva las almas. Que no sea menos fecundo este Centenario que los pasados de 1887 y 1930. Y, por fin, que El, Nuestro Excelso Patriarca, derrame sobre todos los que se llaman sus hijos su larga y fecunda bendición.

La Comisión Religiosa «Pro Centenario»: Presidente: *P. Pedro Moratiel, O. E. S. A.*; Asesores: *P. José Zameza, S. J.* y *P. Isacio Rodríguez, O. E. S. A.*

EXCMO. Y RVMO. P. JOSÉ GARCÍA PULGAR

† 30 DE ENERO DE 1954

El cable nos ha traído desde las nobles tierras peruanas una triste nueva que llena de angustia nuestra alma y pone el luto en nuestro corazón de agustinos: la del fallecimiento del Excmo. y Reverendísimo P. José García Pulgar, Obispo titular de Botrys y Vicario Apostólico de Iquitos, en el Alto Amazonas. Cultiva allí la Orden Agustinia-

na un vastísimo campo de acción misionera, enclavado en plena selva, y la Santa Sede había encomendado, hace ahora doce años, al ilustre desaparecido la dirección de aquellas difícilísimas misiones, donde la misma vida es un sacrificio para quien no esté avenido con su extremado clima.

El P. García, como fraternalmente le llamábamos en familia, era un misionero activísimo, pero de última hora. Los Superiores regulares le habían encaminado por otras rutas y por ellas marchó bajo el signo de la obediencia, hasta que la Iglesia le puso en el terreno de las misiones, nombrándole Vicario Apostólico de Iquitos. Lo cual fué un gran acierto, pues desde el primer momento puso en juego tan hermosas cualidades, que bien podemos decir que le han convertido en modelo de fervorosos evangelizadores, de aquellos que se entregan en cuerpo y alma al cuidado de la grey. Apenas investido de la altísima dignidad episcopal en el año 1942, partió para Iquitos lleno de santo entusiasmo y con varios proyectos de positivo valor, asegurados con el firme propósito de llevarlos a la práctica sin temor a las dificultades.

Tenía alma de apóstol indudablemente, y cuando se encontró en aquel ambiente de lucha por la fe, su celo se tradujo en numerosas obras que hicieron sentir bien pronto sus saludables efectos en el extenso Vicariato que habían confiado a su cuidado Pastoral. Sintió, desde los primeros días de su actuación, el peso de la responsabilidad que tenía sobre la conciencia, la tremenda responsabilidad de procurar la salvación de los que aun vivían en las tinieblas del paganismo, y este pensamiento le

obligaba a multiplicarse en beneficio de aquellos pobres indios. Pero además veía también tras de sí a toda una gloriosa tradición misionera, la tradición misionera de la Orden de San Agustín, y jamás consentiría él que fuera a decaer en sus manos. Porque el P. García era un religioso amantísimo de su Instituto, un agustino de corazón. Por eso, al ser constituido en responsable directo de unas misiones agustinianas, se sintió más agustino que nunca; más obligado a la Orden que cuando era un simple religioso, más obligado a mirar por su gloria y por su honor que cuando estaba libre de aquella responsabilidad.

Además se daba perfecta cuenta, como es natural, de que el campo de sus actividades se había multiplicado prodigiosamente. Ya no era el humilde religioso que silenciosamente se gasta en el convento trabajando en la labor parroquial o en la más movida del colegio. Cuando por voluntad de Dios y de su Vicario en la tierra recibió la consagración episcopal, quedó convertido en una de las figuras más relevantes de la Orden y con obligaciones muy graves, que directamente se relacionaban con la gloria del hábito. Y no era el ilustre Prelado agustino de aquellos que apenas se conmueven ante la responsabilidad. Alma sensible a los más nobles sentimientos, comprendió el significado de su nombramiento para las misiones de Iquitos, misiones agustinianas, y apenas situado en el campo de operaciones, puso todo su dinamismo, toda su ciencia y todo su celo al servicio de aquella causa que era la causa de Dios y también la causa de la Orden.

El mismo año de su consagración recorrió el extenso territorio del Vicariato, sirviéndose hasta de los medios más rudimentarios para hacer los penosos viajes. Pues no hay que olvidar que se trata de regiones casi desconocidas, invadidas en su totalidad por la intrincada maraña de la selva virgen, sin más caminos que los ríos, con aguas infectadas por el virus del paludismo y plagadas de peligrosas alimañas que en todo momento significan un verdadero peligro de muerte.

Felizmente el nuevo Prelado pudo soportar la durísima prueba y recorrió una por una todas las parroquias y puestos de misiones pertenecientes a su jurisdicción, animando con su palabra y mucho más con su ejemplo a los heroicos misioneros que soportan los rigores de un clima abrasador, las privaciones de una vida sin comodidades y el aislamiento casi total de los centros civilizados, única y exclusivamente por la gloria de Dios y el bien espiritual de aquellos pobres indios, que los aman y respetan como a verdaderos padres.

Siguiendo los impulsos de su celo y actividad organizó también el P. García el año 1943 un Congreso Eucarístico como preparación para el Nacional que se iba a celebrar en la ciudad de Trujillo. Amplió y mejoró la iglesia matriz de la capital del Vicariato, inició la construcción del templo de Nuestro Señor de los Milagros, en Morona-Cocha, la de la iglesia de Belén, y reorganizó el registro de Bautismos y Matrimonios con los sistemas más modernos, tomando también parte activa en la preparación del Cincuentenario de la llegada de los agustinos al Perú. Tuvo asimismo la inmensa

satisfacción de ordenar a los dos primeros sacerdotes del Vicariato, primicias de su celo y preocupación por las vocaciones eclesiásticas. Y como descanso de aquella labor abrumadora dedicó los que podíamos llamar ratos de ocio a la formación de una especie de museo etnográfico, el mejor hoy día de aquella región, y de gran porvenir si hay, como es de esperar, quien continúe la obra en este campo de las ciencias.

Esta labor cultural, que tan bien se hermana con aquella otra espiritual, tenía su base en la preparación científica y en las aficiones del Sr. Obispo, verdadero apasionado por las Ciencias Naturales. Apenas celebrada su primera Misa en el año 1917 y después de ejercer unos años el ministerio parroquial en Colombia, los Superiores le destinaron al Colegio de Lima, poniéndole en el camino de su verdadera vocación, porque tenía para la enseñanza excelentes cualidades. En aquel Colegio fué profesor varios años y durante nueve su Director. De su actividad y de su preparación científica dejó una magnífica prueba en los Gabinetes del mismo Colegio. A este propósito nos parece conveniente copiar lo que sobre el particular dice la revista *Mundo Agustiniano*. Dice así: «El verdadero artífice de las colecciones del Gabinete ha sido el actual Vicario Apostólico de Iquitos, antiguo profesor de Ciencias Biológicas y dos veces Director del Colegio, Mons. García Pulgar. Cuánta haya sido su «chifladura» (y perdónenos el ilustre Prelado que califiquemos así su pasión por la Naturaleza) en buscar, disecar, clasificar y ordenar ejemplares, es bien conocida de cuantos fueron sus dis-

cíbulos durante los dieciocho años que estuvo al frente de tan importantes disciplinas. Con amplísimo conocimiento de lo que traía entre manos, con una dedicación absorbente, por las ciencias, el P. García era el típico naturalista que hemos visto tantas veces descrito en la literatura: hombre que se extasía ante las alas de una mariposa, que se empeña en descubrir —lupa en mano— una pata más o menos en un miriápodo... Siempre entre *bichos* y entre *pedruscos*, su habitación era casi un museo de Historia Natural: víboras en alcóhol, cajas de mariposas, coleópteros clasificados, minerales por aquí, pericotes por allá, un cóndor que nos acecha en actitud de emprender el vuelo, pájaros raros, bichos de todo color y forma... »

Así era el Vicario Apostólico de Iquitos: un misionero de corazón y un enamorado de la ciencia. Si la Santa Sede no hubiera dispuesto de él para el altísimo cargo que ostentaba, seguramente que su labor en el Colegio de Lima habría dejado aun huellas más indelebles y de mayor importancia. Pero la voluntad de Dios era otra, y cuando el P. García estaba más atareado con sus colecciones y con sus estudios, le llegó el nombramiento de Vicario Apostólico, y muy en contra de sus sentimientos tuvo que aceptarle, siendo consagrado en la Catedral de Lima el año 1942. La dignidad episcopal, sin disminuir en nada sus bellas cualidades, le dió ese ponderamiento y ese carácter de hombre de gran responsabilidad, que nunca le habían faltado, pero que ahora parecían resaltar de manera especial, precisamente por el contraste de su carácter alegre y jovial con las restricciones que le imponía

el título de Obispo. Sin embargo, esto no quiere decir que cambiara su modo de ser. Siguió siendo el amigo sincero y leal para sus amigos, el religioso humilde, servicial y comunicativo para sus hermanos de hábito, y el sacerdote celoso para los fieles, como lo había sido siempre.

Con ocasión de su visita *ad limina* se detuvo varios meses en España para ver a sus ancianos padres y recorrer las tierras bienamadas de la Patria y las Casas y Conventos de la Orden en los que había pasado los mejores años de su vida, y en todas partes dejó un gratisimo recuerdo. Su palabra de cálido acento y sincera expresión encendía el entusiasmo de la juventud agustiniana, sobre todo cuando contaba escenas de su vida misionera en las vastas regiones amazónicas. ¡Era todo corazón y corazón agustino el P. José García Pulgar!

Pero hubo un día triste en el que del Perú nos empezaron a llegar noticias alarmantes sobre la salud del Prelado. Un mal incurable había hecho presa en su no muy robusta naturaleza y la ciencia humana se declaraba impotente ante él. Más de un año estuvo luchando contra la enfermedad, soportando con heroica paciencia sus dolores y molestias hasta que el día 30 de enero pasado sucumbió, entregando su espíritu al Señor con piedad edificante y verdaderamente sacerdotal.

Sus funerales tuvieron carácter oficial y el Gobierno de la Nación peruana le otorgó los honores de General de Brigada y se asoció al duelo de la Iglesia y de la Orden. Diecinueve Sres. Obispos, representaciones de todas las Ordenes religiosas, asociaciones piadosas y numerosísimo público se

asociaron a los actos, tanto en Lima como en Iquitos, la capital de su Vicariato, adonde fué trasladado el cadáver. En el cementerio de aquella localidad descansa rodeado de la veneración de los religiosos y de los fieles que fueron sus diocesanos durante doce años, que hoy parecen doce breves días.

Había nacido en Pajares del Puerto, pueblecito de la montaña asturiana el día 26 de mayo de 1892. Ingresó y tomó el hábito de San Agustín en Valladolid el día 20 de agosto de 1907, y terminó su carrera eclesiástica en el Convento de Sta. María de La Vid en el verano de 1917.

¡Descanse en paz!

P. LUIS CAMBLOR, O. E. S. A.

† M. R. P. TEODORO RODRIGUEZ

El 19 de Enero del corriente año, a las ocho de la noche, se extinguió en Madrid la benemérita vida del P. Teodoro Rodríguez a la edad de 90 años. Con él desaparece el último sobreviviente de la famosa generación del P. Cámara, Obispo de Salamanca.

Curriculum vitae. Nació en Santiagomillas (León) el 8 de Nov. de 1864. Profesó en Valladolid el 8 de Dic. de 1880. Estudió Filosofía y Teología en los Monasterios de La Vid y El Escorial. En Sept. de 1885 pasó de Profesor al Real Colegio de Alfonso XII. Se ordenó de Sacerdote el 26 de Agosto de 1888. Fué Director del R. Colegio de El Escorial desde 1896 a 1903. Rector de la Universidad

de María Cristina de 1903 a 1908; Vicerrector de la misma del 8 al 10. De nuevo Rector de la Universidad de 1910 a 1916. En esta fecha es elegido Provincial por unanimidad; gobernó la Provincia hasta 1920 en que pasó a ocupar la Dirección del Colegio y Residencia de Madrid durante cuatro años. De nuevo Provincial desde 1924 a 1927, en que se apartó definitivamente a la vida retirada. Durante la Cruzada Nacional fué uno de los colaboradores de «De Rebus Hispaniae» en Burgos.

Es autor de unas 30 obras e innumerables folletos y artículos y fundador de varias Revistas, como «El Colegial», «Toma y Lee» y los semanarios «El Independiente» y «La Verdad». Ejerció la enseñanza durante 60 años continuados y practicó un intenso apostolado de la prensa por espacio de 65 años sin dar descanso a la pluma. Era Licenciado en Ciencias por la Universidad de Madrid (1890), Maestro en Sag. Teología (1903) y poseía la gran Cruz de Alfonso X el Sabio (1946) y la medalla de oro y diploma de honor de la Sociedad de Ciencias de París (1892).

Semblanza. Era en lo físico de estatura media, bien proporcionado, ancho de hombros, enjuto de carnes, curtida la piel, el paso largo y decidido, cara redonda, ojos un tanto hundidos, nariz firme y el maxilar inferior robusto, signo éste de voluntad enérgica y tenaz, si hemos de pagar tributo a las conjeturas frenológicas, que en este caso se cumplen.

En lo intelectual era, por excelencia, el hombre de criterio claro y seguro, el pensador de ideas rectoras diáfanas y bien entabadas, talento más práctico que teórico, más asido a las realidades de la

vida que inclinado a la abstracción o a los vuelos de la fantasía. No sería, acaso, un ingenio brillante, ni imaginativo ni orador (no le acompañaba la voz), pero sí una inteligencia de doctrina segura sin fluctuaciones ni concesiones a las modas de la opinión y sin resquicio abierto al escepticismo ni a la vacilación mental. Era su lema ver claro, hablar corto y obrar presto. Es decir, un talento práctico y dinámico, volcado todo él a la acción; reflexión y cavilación sí, pero sólo cuanto basta para tomar una decisión; consecuencia todo ello de haber asimilado a fondo los principios de la Filosofía perenne y las luces de la Teología de S. Agustín y de Sto. Tomás. De ahí aquella ortodoxia y seguridad doctrinal proyectada en toda la extensión de sus escritos. No es de extrañar, por tanto, que llegase a ser un mentor y consejero de primer orden, cuyas luces solicitaban Cardenales de Toledo, Obispos, Provinciales y tantas personas abrumadas por la responsabilidad de las arduas decisiones.

La faceta moral es la nota sobresaliente del P. Teodoro. Nunca mejor aplicado el aforismo «homines sunt voluntates». Decir P. Teodoro es nombrar al hombre de voluntad férrea, de entereza y energía indomables, al luchador tenaz e infatigable, disciplinado y metódico hasta el ápice. Su misma longevidad de 90 años fué una victoria ganada día tras día sobre un organismo delicado, sostenido en gran rendimiento a fuerza de privaciones y de régimen estricto, combinado con gimnástica y paseos cronometrados después de las refeciones. La potencia maravillosa de su voluntad era el brazo ejecutivo insuperable de la recta concien-

cia que señalaba las directrices seguras de la vida y de la acción. Así se formó aquel hombre de firmes hábitos de rectitud, de austeridad y moderación, de tenacidad e impresionante dominio de los nervios, y, a la par, sencillo, dinámico y optimista, sin el menor engreimiento ni aires de superioridad. Es decir, todo un hombre de carácter, un valor seguro para la Iglesia y la Sociedad y una bendición y providencia para las comunidades. Entre los numerosos e ilustres discípulos del egregio P. Cámara los habría más eminentes, seguramente más brillantes, pero difícilmente de mayor entereza y tenacidad, de dinamismo más equilibrado y temple más acerado. Ahí está el secreto de su prolongado gobierno de 30 años al frente de los agustinos de El Escorial.

Actividades. Pocas vidas tan fecundas como la del P. Teodoro. Es asombroso cómo pudo simultanear las tareas de escritor con las faenas docentes, los afanes de dirección de obras benéfico-sociales y las responsabilidades de Superior, y más conociendo su temperamento nada propenso a descargar en los subalternos las obligaciones fundamentales del gobierno. La clave está en que era metódico y organizador del trabajo, lo que multiplica el tiempo, y en que no desperdició un solo momento, ni siquiera en el pasatiempo más inocente y baladí durante los 75 años de su vida religiosa. Su pasmosa actividad no tuvo otras metas que el servicio de la Iglesia, de la Patria y de la Orden Agustiniiana.

Podemos considerar en ella las facetas del hom-

bre de gobierno, el escritor, el sociólogo, el pedagogo y el luchador.

El hombre de gobierno. Sus dotes morales e intelectuales arriba señaladas le obligaron a ocupar los cargos de mayor responsabilidad en la Provincia, ejercidos durante 32 años continuados, los mejores de su vida, desde los 31 hasta los 63. Su mando estuvo presidido siempre por la prudencia más exquisita, por la alteza de miras y por el equilibrio perfecto entre la bondad paternal y la autoridad. Sus procedimientos fueron claridad en la trayectoria, tenacidad en el empeño y serenidad en la acción. Fué Director del R. Colegio de Alfonso XII durante siete años; 13 años Rector de la Universidad de M.^a Cristina, 4 Director del Colegio y Residencia de Madrid y 7 años Provincial.

En El Escorial introdujo notables mejoras en las dependencias del Colegio y de la Universidad y en el mecanismo administrativo de las tres Comunidades. Montó la Imprenta del Real Monasterio y creó el Patronato Social de San Lorenzo con 15 diversas obras sociales subordinadas. Fundó los Colegios de Málaga y Portugalete, las Escuelas de Trujillo y el Convento-Seminario de Leganés.

El escritor. Fué el P. Teodoro escritor fecundo. Publicó una treintena de libros y artículos y folletos sin cuento. Su estilo es claro, sencillo, correcto, didáctico y ágil; y también repetidor tesonado de los conceptos fundamentales por el temperamento de gran propagandista y luchador que llevaba dentro el P. Teodoro.

Se distinguen claramente tres etapas y tres campos de apostolado en su actividad literaria de

65 años sin descanso: Temas científico-religiosos en la primavera de su vida; los problemas sociales en el apogeo de la misma; y los patriótico-educacionales a lo largo de toda ella. De la primera época citaremos sus *Elementos de Física y Química modernas*, de gran difusión, que se mantuvo de texto en muchos centros durante 50 años. «El Tele-dikto eléctrico ferroviario», para evitar los choques de trenes, invento realizado a los 26 años, que le valió la medalla de oro y el diploma de honor de la Sociedad de Ciencias de París (1892).

LISTA DE OBRAS DEL P. TEODORO RODRÍGUEZ.—
Elementos de Física y Química (6 edic.) *Problemas Científico-religiosos. La Enseñanza en España. Estudios Sociales* (2 vol.) *Explotadores y explotados. Sindicalismo y Cristianismo*, (su valor social). *La Civilización Moderna. El Sindicalismo y el problema social después de la guerra. Máximas Educadoras. Actuación Social de las Clases consumidoras. La Liberación del obrero* (2 vol.) *Relatividad, Modernismo y Matematicismo. Ricos y Pobres: Falsos conceptos sociales. La Escuela, el Comunismo y el Institucionismo. El Estatismo y la Educación Nacional en los Países civilizados* (3 vol.) *Infiltraciones judío-masónicas en la Educación Católica. El Problema Social y las Derechas. Legisladores y Leyes. Intelectualismo y Educación. Educación neutra. Nueva Reconquista de España. Nueva Campaña de mentiras e insidias contra España. Errores Pedagógicos y Máximas Educadoras. El Comunismo (Lo que es y sus causas). Así es la España y así la Antiespaña. Causas, Causantes y Remedios del Moderno*

Caos Social. La paz del alma. Criticismo, Irracionalismo y Escepticismo. La Lucha entre el Catolicismo y la Revolución mundial. Corrientes Paaganizantes en la Educación Católica.

Casi todas estas obras se han agotado o han desaparecido en las visitudes de la Revolución española.

He aquí algunos juicios de la Prensa sobre las obras pedagógicas del P. Teodoro.

Razón y Fe.—«El P. Teodoro, como aquellos conquistadores de América, que, hacha en mano, se habrían camino a través de las selvas, penetra en la intrincada selva de la educación nacional, y, cercenando a diestro y siniestro los brotes maléficós..., enarbola la bandera de la descentralización y respeto a los derechos de los padres de familia. Su libro es un canto celtíbero de legítima rebeldía contra el Estado detentador de los derechos de millones de niños españoles. ¡Santa audacia del culto agustiniano, que lucha desinteresadamente por los fueros de la Familia, de la Iglesia y de la Patria... Todos los españoles cultos debieran leer esta obra...»

Ilustración del Clero.—«...Combate incansable el P. Rodríguez al estudiar uno en pos de otro, problemas tan vitales y candentes como la organización universitaria, los exámenes, la libertad de la clase, la capacidad docente del Estado, el laicismo en la enseñanza, la descentralización universitaria, carreras y títulos... ¡Sería lástima y vergüenza que los católicos españoles abandonasen solo en la palestra al intrépido defensor de la más sagrada de las libertades católicas.»

Atenas—«Es el P. Teodoro un conocido paladín de la libertad de enseñanza, es un recio luchador..., sereno, pero tenaz e irreducible. Es un convencido y un apóstol de su causa. El P. Teodoro trata en su libro temas de palpitante interés, con la competencia de su sólida formación científica y filosófica. . . En realidad, su labor es serena, ecuánime, de máxima consideración a la personas, sin permitirse nunca ni una incorrección. Su recia personalidad no quiere antifaz ni fórmulas veladas, cuando se trata de descubrir el error o levantarse contra la injusticia. . .»

Etude.—«Un augustin de l'Escorial, P. Theodore Rodríguez, vient de faire entendre au gouvernement espagnol quelques fortes vérités. Son livre est courageux et, quant au fond, irrefutable. Sa virulente protestation est une sonnerie de trompe de guerre. Si les soldats endormis se lèvent...»

A B C.—«...El ilustre agustino, formado en la buena escuela de filósofos y polemistas, y con el fácil concurso de una reposada erudición, extiende el análisis a la manera clásica... Pero no menos interesantes son los temas que tratan de la formación del alma nacional, en los cuales se nos muestra el autor como pedagogo, sociólogo, y filósofo, además de sacerdote católico. La obra del P. Teodoro Rodríguez es de una fuerza luminosa y convincente insuperable. Una obra fundamental y magistralmente concebida y escrita.»

El Debate.—«Lo más saliente, en estos últimos meses, dentro de la producción pedagógica, es el libro del P. Teodoro Rodríguez. *El estatismo y la educación nacional en los países civilizados*. El

autor no necesita de elogios: tan notaria es su consagración a la enseñanza.»

El Sociólogo.—Cuando soplaron en España en los primeros lustros del presente siglo fuertes vientos de reformas sociales, el P. Teodoro se lanzó con decisión a la contienda para defender el criterio católico contra ciertas novedades y modas que sembraron hartas confusiones en el campo social. Sus obras filosófico-sociales, reposadas, plenas de sentido común, con llamamientos a la realidad y a las Encíclicas de León XIII sirvieron de freno y riendas a más de un despistado. Sus libros sobre esta materia ascienden a una docena, escritos casi todos ellos durante su Rectorado de la Universidad de El Escorial; y, al mismo tiempo, demostró con sorprendente dinamismo que sabía predicar y dar trigo, fundando la Academia de Ciencias sociales en dicha Universidad y creando en beneficio del pueblo de El Escorial, el gran Patronato Social de San Lorenzo, que comprendía 15 diversas Obras Sociales como son: Sindicato de Obreros Católicos; Cooperativa de Casas Baratas; Caja de Ahorros y Préstamos; Escuelas Nocturnas; Cajas Dotales; Escuelas Dominicales; Sindicato de Costureras; Biblioteca Circulante; Cocina Económica; Tres Catequesis; Escuelas para las Madres; Buzón de la Buena Prensa; Asistencia a los Presos.

El Educador.—Siendo el P. Teodoro un dechado de carácter tenía mucho adelantado para ser un buen educador. Y lo fué en realidad, y grande e infatigable educador; teórico y práctico; con la palabra, con la pluma y, más que todo, con el ejemplo vivo de su conducta, tan coherente, dinámica y

estimulante. Su trabajo de escultor de almas y caracteres duró los 62 años en que estuvo en contacto con la juventud española. Ahí están sus innumerables discípulos, esparcidos por toda la dilatación de España y América y colocados en los puestos más eminentes y variados. Escribió una docena de libros sobre Pedagogía y problemas pedagógicos de España. Su obrita *Máximas Educadoras* es un precioso Kempis del Educador que no debe faltar en manos del pedagogo católico.

Su vocación de educador le llevó a proseguir sus tareas pedagógicas en el Colegio de Valverde hasta más allá de los 80 años, y las abandonó con mucho sentimiento al verse menoscabado en sus facultades físicas, en especial la vista. Y todavía continuó dictando sus instrucciones religiosas a los niños pobres del barrio en la Catequesis de Ntra. Sra. de la Consolación que sostiene la, por tantos conceptos, benemérita Marquesa Vda. de Albaserrada.¹

Como tratadista el P. Teodoro sostenía con insistencia que todas las reglas de la Pedagogía caben en un papel de fumar; lo que importa son las cualidades del educador; que así como en Medicina se afirma que no hay enfermedades sino enfermos, del mismo modo en el Arte de la Educación no hay pedagogía sino pedagogos. Que los métodos de los grandes Maestro como Manjón, Poveda, Siurot... no son en sí cosa extraordinaria, y si, en sus ma-

(1) Esta misma Señora ayudó y cooperó en las obras de apostolado del P. Teodoro con tanta modestia como generosidad. Vaya por estas líneas el homenaje de gratitud de los PP. Agustinos.

nos, producían maravillas, se debía a que ellos eran educadores de primera clase, pero que esos mismos métodos resultarían estériles en manos de personas no imbuídas de ese mismo espíritu educador. Por eso cuando el P. Teodoro, sentado, pluma en ristre, en su silla de trabajo de la azotea del Colegio de Valverde, durante el Centenario de Pestalozzi, contemplaba las maravillas que realizaba el P. E. Arámburu con sus párvulos a guisa de la gallina con sus polluelos, exclamaba: «Convéncete; éste es más grande que Pestalozzi y Froebel; ellos, con todos sus artilugios pedagógicos, no eran capaces de hacer esto.»

Dada la importancia avasalladora del *foot-ball* en el deporte actual y su positiva influencia en disciplinar la índole individualista y anárquica del celtíbero que hay en todo español, permítaseme recordar aquí que fué el P. Teodoro el primero que introdujo este deporte en los Colegios españoles y el que contribuyó, en gran parte, a su difusión por toda España. En las postrimerías del siglo pasado excogitaba él un deporte que ocupase el mayor número de alumnos de su Colegio de El Escorial; para ello nada mejor que el *foot-ball* conocido por él en el Colegio Escocés de Valladolid; tuvo la fortuna de contar entre sus colegiales a algunos que lo habían practicado en Londres (los hermanos Wandossel); así pudo organizarlo desde un principio con reglamento y con un entusiasmo y ardor nunca conocidos en tiempos sucesivos. El primer equipo de la Universidad de M.^a Cristina nunca fué batido en los 13 años del Rectorado del P. Teodoro a pesar de contender con adversarios de la talla de Ma-

chimbarrena, Prast, Juanito y René Petit, Hernández...; nutrió de primeras figuras las filas del R. Madrid y el Atlético de la Capital; y el capitán del María Cristina, el Sr. J. Múgica, fué campeón de España en los dos años en que actuó: en 1917 con el R. Madrid, y en el 18 con el R. Unión de Irún.

El luchador. El campeón de la Libertad de Enseñanza.—En todos sus escritos se nota este matiz de propagandista y luchador. Las batallas más recias las combatió en defensa de la libertad de enseñanza, como quien sabía a fondo la transcendencia del problema. Rompió el fuego cuando era aún casi un imberbe con los Discursos de la apertura solemne de curso del Colegio de El Escorial: «Las Ciencias en la segunda Enseñanza» (1889), «La segunda Enseñanza» (1901); «el Problema de la Enseñanza» (1902). Continuó con la «Enseñanza en España» (1909), 424 págs., publicada a instancias de D. Alejandro Pidal y Mon, con destino al Ministro de Instrucción Pública. Siguió la obra básica «El Estatismo y la Educación Nacional», 3 vol. Aprovechó toda coyuntura para hacer triunfar el sueño dorado de su vida. Al advenimiento de la Dictadura de Primo de Rivera vió una ocasión única para conseguir su anhelo, y se arrojó de lleno en la lucha al grito de ahora o nunca. Los asistentes al Congreso Pedagógico de Madrid recordarán el dinamismo y la labor orientadora del P. Teodoro, primero en la Sección Universitaria, a la que pertenecía, y luego en la Secundaria a la que fué llamado, en la elaboración de breves y escuetas conclusiones elevadas a las autoridades; lo mismo que sus luchas en el seno del

Colegio Oficial de Doctores y Licenciados. Por desgracia nada se consiguió, pero quedó su tarea orientadora de hacer converger las miradas al problema básico de la Libertad de Enseñanza, verdadero caballo de batalla y nudo gordiano de toda la cuestión. No es un grano de anís ver hoy en la nueva Ley de Ordenación, cap. I, Secc. I, reconocidos y jerarquizados los derechos en materia de Educación, haciéndose constar que los educandos son el sujeto primordial de derechos y, en su representación, por ser menores de edad, los padres de familia; después los educadores, y finalmente el Estado «en función inspectora y supletoria» que diría el P. Teodoro.

Malogrados los anhelos de aquel Congreso, el P. Teodoro emprendió una ardua batalla en pro de su ideal en los diarios madrileños «El Universo» y «El Heraldó». Impedido de colaborar en esos diarios prosiguió la batalla en la Revista «La Ciudad de Dios». Recobrada la iniciativa en 1824 fundó el famoso y batallador Semanario «La Verdad», palenque de sus más eficaces y ruidosas victorias. Enmudecidos hacía poco los PP. Ruiz Amado y Restrepo, S. J., se lanzó a la palestra cual nuevo Zumalacárregui tras el fusilamiento de los primeros insurgentes carlistas. Atacó intrépidamente a los capitostes de la intocable Institución Libre de Enseñanza, verdadera masonería de nuevo cuño, capaz de desleir en su tibio caldo de cultivo las esencias vivas y los bríos del espíritu nacional. Por una de esas tremendas paradojas de la España Católica, se concedió a esa Institución la libertad, iniciativas y privilegios jamás reconocidos a ningún Instituto

Católico con siglos de experiencia educacional. El P. Teodoro puso en fuga a los solapados enemigos de la libertad de Enseñanza sin que ninguno osase contestarle ni medir con él sus fuerzas. «La Verdad» llegó a ser el Semanario más leído por la masa intelectual de España. Asumió la Dirección, no sin sacrificio, uno de sus discípulos predilectos, el Excmo. Sr. D. Alberto Alcocer. Se publicaba los sábados, y en aquella misma noche recibía el P. Teodoro los anónimos más biliosos y cobardes y las misivas más entusiastas y generosas. «La Verdad» llegó a ser el terror de sus adversarios. En sus páginas demostró el P. Teodoro ser un polemista de primer orden. Sus características eran la intrepidez y la contundencia conjugadas con la insistencia tesonuda de gran propagandista. Extrañado yo por éxitos tan rotundos, le pregunté por el secreto de su táctica, y me respondió: Si dispongo de seis razones, y cuatro de ellas tienen algún asidero para el contendiente, no esgrimo más que las dos restantes que no tienen vuelta de hoja, destruyendo así los intentos de escaparse por la tangente o de enturbiar la cuestión.

Y cuando ansiaba iniciar las campañas en pro de la Enseñanza Primaria y Universitaria, de mayor trascendencia, según él, que la Secundaria, y cuando acariciaba el ambicioso proyecto de convertir su intrépido Semanario «La Verdad» en Diario Católico de la tarde, para cuya empresa contaba ya con apoyo económico y un plantel de escritores, religiosos y seculares, si no de su temple y experiencia, al menos sí animados de idéntico ardor y resolución, se vió obligado a retirarse de la liza en agosto.

de 1927. Comprenderá el lector avisado que aquellas compañías lesionaban muchos intereses y prejuicios, y no en todas las esferas eran bienquisitas. El P. Teodoro se retiró tranquilamente a la vida privada y laboriosa del religioso ejemplar y observante que siempre había sido; y «La Verdad» murió en 1928 al faltarle el que era su vida y su aliento. El P. Teodoro sobrevivió todavía 27 años a aquel ostracismo peleando por la causa de Dios desde las páginas de sus libros y folletos, desde «La Ciudad de Dios» y «De Rebus Hispaniae» de Burgos.

En los años que sucedieron a la Cruzada Española fué requerida diversas veces su opinión y colaboración en los problemas de la segunda Enseñanza. Como a hombre experimentado le oímos decir —y así lo consigna en su último libro— que no quiso intervenir porque no se debatía el problema fundamental sino que se andaba por las ramas. Comparaba el problema de la segunda enseñanza española al de un enfermo por desarticulación de un hueso, y todos los remedios que se le aplican son cataplasmas, cambios de posición, inyecciones... cuando el único remedio es una vigorosa tracción que encaje el hueso en su puesto; todo lo demás son paliativos, que lejos de curar, irán agravando el mal.

Los cuatro males de la Enseñanza de su tiempo que el P. Teodoro machacó y trituró con tremenda insistencia eran el monopolio del Estado, la superstición de los exámenes, la superstición de los títulos y la hipertrofia de materias. El primero de todos el estatismo absorbente y embrutecedor, que

mata en raíz toda iniciativa y convierte a los escultores de almas en picapedreros del plan de Enseñanza. Lo que hacía exclamar a Ramiro de Maeztu: «España no fué país de alta cultura sino cuando careció de Ministerio y Presupuesto de Instrucción Pública.»

El P. Teodoro detestaba los exámenes finales memoristas, exhaustivos, aleatorios y neurotizantes. Ningún sistema de exámenes igualará jamás al conocimiento que del alumno tiene el Cuerpo de Profesores del Centro docente, sobre todo si éste es religioso; ni le superará en probidad moral si se le otorga la merecida confianza.

Títulos de competencia sí, pero no precisamente los de Doctores y Licenciados. Por esta superstición de los títulos se llegaba a la paradoja de que tres súbditos del P. Teodoro, sucesivamente Académicos de la Real de Historia, sin título universitario, no podían, por Ley del Estado, explicar Nociones de Historia, ni los abogados de la Universidad del Escorial Nociones de Ética y Derecho, ni los Ingenieros y Médicos Nociones de Aritmética o Química; y si alguna vez lo hicieron lo fué como «auténticos intrusos», y los padres de familia que enseñan a sus hijos la lengua española y toda una enciclopedia de nociones, sin forrarse previamente con un título superior universitario, son también unos taimados intrusos.

Ante el monstruoso acopio de materias del bachillerato español de buena gana hubiese suprimido el P. Teodoro de un plumazo tratados enteros de petulancia y charlatanería. Ningún Académico ni Catedrático de España posee el cúmulo de cono-

cimientos útiles e inútiles que se exigen, en alarde memorístico, a un bachiller español.

En una palabra, el P. Teodoro detestaba el monopolio estatal como causa fundamental de todos los males, como un resto de la Universidad centralista Napoleónica, vigente aún en los países latinos. Su admiración se dirigía a la organización anglosajona de la educación, en particular a la inglesa y la norteamericana.

Hoy, con perspectivas mejores del pasado, creemos que se hubiese ganado la gran batalla con pocos hombres de su temple, y acaso se hubiesen ahorrado días luctuosos para la Patria. Dios, que los permitió en su Providencia, supo escribir derecho con renglones torcidos. El P. Teodoro murió sin ver triunfante el ideal de su vida; pero, en fin de cuentas, decía él, Dios nos pide luchar, no nos exige la victoria.

Fué su vida como la ascensión de la estrella, sin prisa ni pausa, sin que los nubarrones de la tempestad, que a veces le envolvieron, lograsen perturbar su equilibrio ni eclipsar su nítido fulgor; y, tras un hermoso y apacible crepúsculo, se ocultó en el seno del Criador al conjuro de aquellas palabras: *Euge serve bone et fidelis*. . . Muchas obras buenas nos ha dejado el P. Teodoro, pero nada comparable al gran ejemplo de su vida. Era, sin duda, de la auténtica estirpe de los Capitanes Españoles.

Descanse en paz el batallador P. Teodoro Rodríguez, gran soldado de Cristo.